



Prometeo y Pandora

Versión de Julián Martínez Vázquez

Entre los personajes de la mitología griega, Prometeo es considerado como el "titán protector" de la civilización humana, entre otras cosas, por acercarle el fuego a los humanos...

La creación de las criaturas...

Antes de que Zeus destronara a su padre y reinara la paz en el cosmos, los dioses habían decidido poblar la Tierra. Para ello, encargaron a Prometeo y Epimeteo la creación de los animales y del hombre. Y, además, distribuir entre ellos los dones y poderes necesarios para su subsistencia.

Prometeo, entonces, tomó barro y modeló a los primeros varones a semejanza de los dioses. Epimeteo, por su parte, se encargó de los animales y fue otorgando a cada uno de ellos las principales facultades: a unos, velocidad; a otros, fuerza, y a otros, alas para volar.

Cuando llegó el turno del hombre, Prometeo vio que ya no quedaban más dones que repartir.

—¡Uy, Epimeteo! ¿Qué hacemos ahora?

Los hombres quedarían desnudos e indefensos en el mundo, obligados a vivir en cuevas, sin saber siquiera cómo alimentarse.

Prometeo decidió intervenir y compensar la falta de poder de los mortales descubriéndoles las técnicas necesarias para sobrevivir y convertirse en las primeras criaturas de la creación: les enseñó a construir casas de ladrillo y a dominar el arte de la carpintería; los instruyó sobre cómo leer los signos de la naturaleza que revelan el cambio de estaciones; les enseñó a uncir* los bueyes al arado y los caballos al carro.

Así, Prometeo se convirtió en el benefactor de la humanidad.

Esta actitud a favor de los mortales daría lugar a una tremenda rivalidad entre Prometeo y el mismísimo Zeus.

El engaño de los sacrificios... (Primera afrenta a Zeus)

En los primeros años del ser humano en la Tierra, la vida era muy sencilla. No existían enfermedades ni desastres naturales. La tierra daba frutos en abundancia sin necesidad de labrarla. Ante tanta riqueza y felicidad, los dioses del Olimpo comenzaron a mirar a los mortales con recelo, dado que dominaban el planeta sin preocupaciones.

Los dioses olímpicos exigieron entonces que los humanos construyesen templos donde adorarlos y donde llevarles ofrendas varias. También, deberían realizar sacrificios de animales en su honor.

Pero ¿qué parte del animal sacrificado debería ser ofrecida a la divinidad y qué parte quedaría para los mortales? En este asunto, intervino Prometeo:

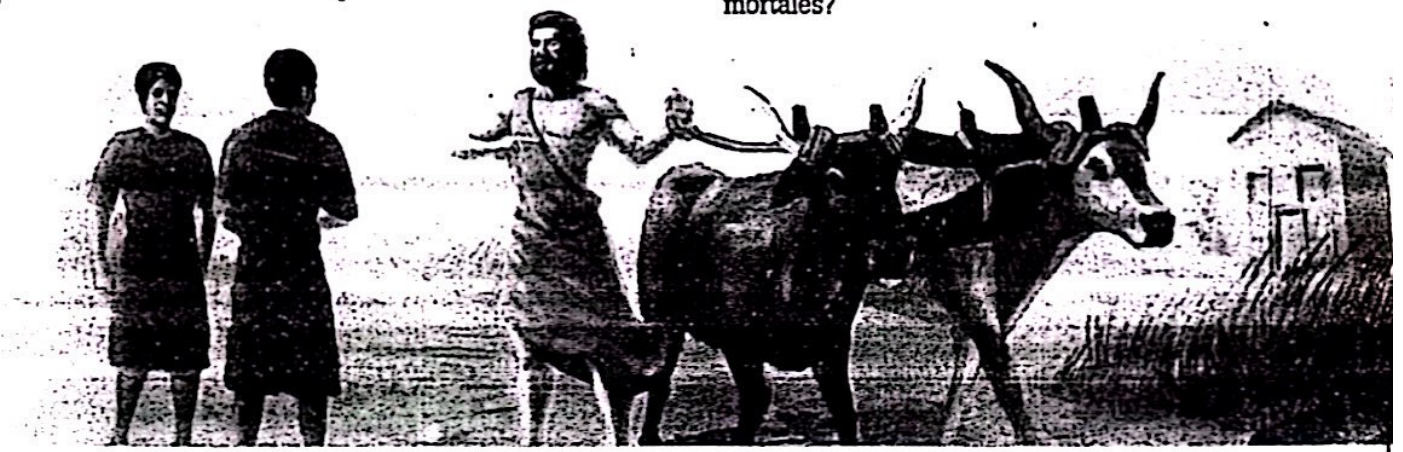
—¡Oh, Zeus! Permíteme sacrificar un buey, así decides qué parte de sus restos debería ser ofrecida a los dioses.

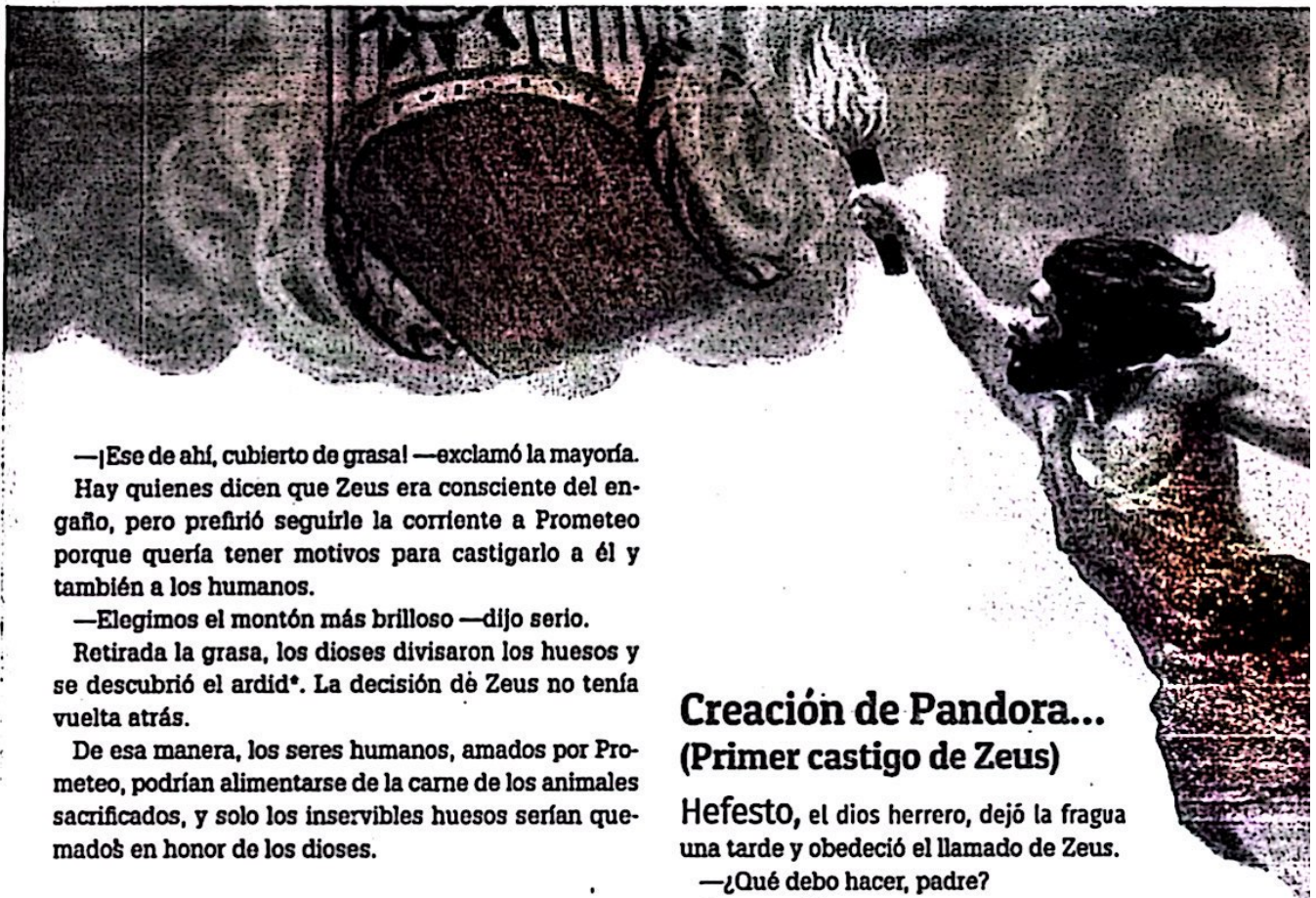
Zeus dudó, porque Prometeo era muy astuto y amaba demasiado a los humanos, pero, finalmente, aceptó. Prometeo, de inmediato, hizo matar y descuartizar un buey a los mortales y dispuso dos montones con los diferentes restos del animal.

En el primero de ellos, colocó la sabrosa carne, pero escondida bajo el estómago del buey, su parte más repugnante.

En el otro montón depositó los poco valiosos huesos, aunque escondidos bajo una capa brillante y gruesa de grasa. Prometeo presentó luego las dos pilas.

—¡Dioses del Olimpo! —exclamó—. ¿Cuál de estos dos montones de carne de buey deberían ofrecer los mortales?





—¡Ese de ahí, cubierto de grasa! —exclamó la mayoría.

Hay quienes dicen que Zeus era consciente del engaño, pero prefirió seguirle la corriente a Prometeo porque quería tener motivos para castigarlo a él y también a los humanos.

—Elegimos el montón más brillante —dijo serio.

Retirada la grasa, los dioses divisaron los huesos y se descubrió el ardid*. La decisión de Zeus no tenía vuelta atrás.

De esa manera, los seres humanos, amados por Prometeo, podrían alimentarse de la carne de los animales sacrificados, y solo los inservibles huesos serían quemados en honor de los dioses.

El robo del fuego... (Segunda afrenta a Zeus)

Zeus y los demás dioses del Olimpo miraban con desconfianza a los imperfectos mortales y deseaban hacerlos desaparecer de la faz de la Tierra. El engaño de los sacrificios había sido demasiado.

—Zeus, ¿cómo podrías castigar a tan irrespetuosos mortales? —le preguntó su esposa, Hera.

Él no necesitó pensar mucho.

—Les quitaré el fuego.

Y así se hizo. En las aldeas, las noches se volvieron oscuras y las fraguas se apagaron.

—¡Pobres! —se lamentó Prometeo—. Necesitan el fuego para cocinar, protegerse del frío y fundir los metales.

Empecinado en favorecer a los mortales, Prometeo decidió desobedecer a Zeus.

Subió a escondidas al firmamento a la hora del alba, aprovechó el paso del carro del sol* y logró encender una mínima llama en el interior de una caña hueca. Descendió luego hasta los humanos y recorrió todos los rincones de la Tierra, devolviéndole a los humanos su recurso más preciado: el fuego.

Apenas Zeus vio desde el Olimpo el brillo del fuego, entró en cólera y se juró destruir a los humanos y castigar con dureza a su mayor rival.

¿Cómo podía Prometeo creerse más astuto que él, dios del universo, y además desobedecerlo?

Creación de Pandora... (Primer castigo de Zeus)

Hefesto, el dios herrero, dejó la fragua una tarde y obedeció el llamado de Zeus.

—¿Qué debo hacer, padre?

Zeus sonrió.

—Modelarás una hermosa figura femenina a imagen de las diosas, seductora e irresistible para los hombres.

Prometeo (cuyo nombre significa 'el que ve las cosas antes'), sabiendo que Zeus intentaría castigar a los hombres, había prevenido a su hermano Epimeteo: no debía aceptar ningún obsequio que viniese del Olimpo, pues podría tratarse de una trampa del dios del trueno.

Mientras tanto, Hefesto mezclaba tierra y agua. Modelaba así, cuidadosamente, a quien sería la primera mujer sobre la Tierra. Para resaltar su hermosura, labró para ella una diadema de oro; la diosa Atenea colaboró con un vestido de resplandeciente blancura y con un velo que la cubría desde los ojos a los pies, y en su cabeza puso delicadas coronas de hierbas y flores trenzadas. Una vez terminada la obra, Atenea le dio el hálito vital. Y fue llamada Pandora, que significa 'todos los regalos'.

Hermes, el dios mensajero, bajó a la Tierra y buscó a Epimeteo.

—Zeus te envía un regalo —le anunció.

Epimeteo recordó las advertencias de su hermano:

—No... —empezó a decir, pero no pudo evitar fijarse en Pandora y quedó embelesado...

uncir. Sujetar animales al arazón para el arado.

ardid. Acción hábil con que se pretende engañar a alguien o conseguir algo.

carro del sol. Se refiere al carro de Helios, el dios griego que personifica al Sol, y a su recorrido diario en carro que según esta mitología marcaba el inicio y el final del día.

—¡Sí, acepto!

La mujer, a su vez, sonreía y mostraba ternura hacia él. No tardaron en enamorarse los dos. Pero además de llevar sus vestidos, Pandora llegó a la Tierra con una jarra cerrada que Zeus había preparado para ella, con la advertencia de que no debería abrirla bajo ningún concepto. La mujer, primero obedeció, pero cada día la curiosidad era mayor.

—¿Qué tendría de malo abrir esta jarra y ver qué tiene dentro?

Un día, Pandora no resistió más y levantó con cuidado la tapa. Apenas lo hizo, escaparon como fantasmas del recipiente todos los males que azotarían y aún hoy azotan a la humanidad. Enfermedades, angustias, discordias se esparcieron rápidamente e invadieron cada rincón de la Tierra, apesadumbrando a los mortales desde entonces. Apenas advirtió su error, Pandora atinó a cerrar la jarra. Solo quedaba en ella un último regalo: la esperanza, que desde entonces acompaña a la humanidad junto a los males.



El monte Cáucaso... (Segundo castigo de Zeus)

Zeus decidió castigar las desobediencias de Prometeo.

Ordenó llevarlo a la cumbre del monte Cáucaso y allí mantenerlo encadenado a un elevado peñasco. Hefesto, el dios herrero, se encargó de cumplir las órdenes de Zeus.

—¡No sin pesar obedezco a mi padre! —se lamentó Hefesto, que admiraba al titán.

Con grilletes⁴ de bronce amarró a Prometeo en las alturas y allí lo abandonó, bajo la ardiente llama del sol y a merced de la fuerza de los vientos.

A partir de ese día, un águila llegaría hasta Prometeo y con su pico le comería el hígado, que volvería a crecer cada noche, de modo que el tormento sería eterno.

Miles de años después, llegó hasta el lugar de su suplicio Hércules, el famoso hijo de Zeus, dispuesto a liberarlo. Su padre, aunque no había perdonado las faltas de Prometeo, permitió que Hércules lo liberase, porque esto le daría mayor fama.

Prometeo pudo regresar al Olimpo y convivir sin sobresaltos con los restantes dioses. Aunque desde entonces hubo paz entre él y Zeus, Prometeo brilla en la imaginación de los seres humanos como símbolo de rebeldía frente al poder.

grillete. Arco de hierro con dos agujeros, uno en cada extremo, por los cuales se pasa un perno y sirve para asegurar una cadena a la garganta del pie de un presidiario.

Julian Martínez Vázquez

Es licenciado en Letras por la Universidad del Salvador (USAL). Se especializó luego en literatura griega clásica en la Universidad Complutense de Madrid, donde presentó su tesina sobre las *Historias* de Heródoto. Fue profesor de Gramática en la Universidad de Buenos Aires durante seis años. En la USAL, dio clases de lengua griega antigua; allí dicta, actualmente, clases de español.

Escribió varias adaptaciones a partir de mitos griegos. Entre ellas *Los doce trabajos de Hércules* y *La casa de Atreo*.



LA GUERRA DE TROYA

Paris y Helena

La boda de Tetis, la diosa marina, y de Peleo, rey de Tesalia, iba a ser celebrada pronto en el Olimpo.

—¡Organicemos un banquete suntuoso! —declaró Zeus.

—¡Invitemos a todos los dioses! —agregó Hera, su esposa.

—¿A todos? Ah, no. No hay que invitar a la Discordia.

La Discordia, también llamada Éride, no era una divinidad amable: allí donde estaba presente, no sabía más que sembrar peleas, perturbaciones y conflictos. Zeus y Hera pocas veces se ponían de acuerdo. Pero en esta oportunidad, compartieron la opinión: ¡Discordia no sería invitada a la boda!

La fiesta fue alegre: todo un éxito. Afrodita, Atenea y todas las divinidades del Olimpo conversaban alegremente mientras el bello Apolo cantaba, acompañado por el coro de las musas.

Ahora bien, la Discordia rondaba cerca del palacio. Ofendida por haber sido dejada aparte, pensaba en la manera de vengarse. Aprovechando un momento de distracción de los convidados, se deslizó hacia la sala del banquete y dejó sobre la mesa una magnífica manzana de oro en la que había escrito: PARA LA MÁS BELLA.

En cuanto hubo desaparecido, Hera vio la manzana.

—¡Qué maravilla! —exclamó—. ¿Quién me ha traído este regalo?

—¿Me permites? —dijo Afrodita apoderándose de la fruta—. Es claro que me está destinada: ¿acaso no soy la diosa de la belleza?

—Despacio —se interpuso Atenea—. Pretendo que me corresponde con todo derecho. ¿Tú no has afirmado siempre, padre, que yo era la más bella? —concluyó volviéndose hacia Zeus.

El rey de los dioses se encontró en un aprieto: por cierto, Atenea era su hija preferida. Pero, al elegirla, tenía miedo de irritar su esposa. Y no quería que se enojara Afrodita.

—Bueno, ¿qué piensan nuestros invitados?

¡Era la pregunta que no debía hacerse! Se expresaron las opiniones más diversas. Cada uno eligió, para halagarla, a la diosa cuya protección o amistad deseaba obtener. Nadie estaba de acuerdo. Escondida no lejos de allí, la Discordia se frotaba las manos.

—¡Dejen de pelear! —tronó Zeus reclamando silencio—. Aquí nadie puede ser juez con objetividad. Irán, por tanto, las tres al monte Ida. Hermes las acompañará con la manzana. Se la confiará a un pastor que se la dará a quien juzgue más bella. ¡Y su opinión será ley!

Había hablado Zeus. Su decisión, además, convenía a las tres diosas: ¡cada una estaba muy segura de que ganaría!

Aquel día, en el monte Ida, el que estaba haciendo pastar a su rebaño era el joven y seductor Paris. Ahora bien, Paris no era un pastor como los demás... Justo antes de dar a luz, su madre, Hécuba, soñó que paría una roca incendiada que destruía la ciudad de Troya, de la cual su esposo, Priamo, era el rey.

—¡Ay, este presagio es claro! —exclamó este—. Nuestro hijo provocará la destrucción de nuestro reino. ¡En cuanto nazca, lo mataremos!

La futura madre simuló aceptar. Pero le encargó a un sirviente la triste tarea de abandonar al bebé en el monte Ida, y traer consigo el cadáver de otro niño. Príamo no se enteró de nada: creyó que su orden había sido ejecutada. Hécuba, por su parte, rogaba a los dioses para que su hijo fuera descubierto y salvado.

Y eso ocurrió: el bebé fue hallado por una osa que, en vez de devorarlo, lo amamantó. Más tarde, un buen pastor lo encontró, lo adoptó y lo llamó Paris.

Un día, ya adulto, Paris se dirigió a Troya para participar en unos juegos a los cuales asistieron Príamo, su esposa Hécuba y su hija, la joven Casandra. El valor de ese muchacho los deslumbró.

—¡Ese desconocido saca ventaja a todos sus adversarios! -exclamó Príamo—. ¿Es posible que sea el hijo de un simple pastor?

Ahora bien, Casandra poseía el don de la adivinación. En cuanto vio al joven, supo enseguida de quién se trataba:

—No —afirmó palideciendo—. ¡Es tu hijo... y mi hermano!

Príamo llamó a Paris y convocó al que lo había educado. Su investigación fue rápida, ¡la verdad se manifestó! Y el rey estaba tan contento de haber encontrado a su hijo que se olvidó de la profecía del sueño de su esposa.

Una vez convertido de nuevo en príncipe, Paris eligió pasar la mayor parte de su tiempo cuidando los rebaños de su padre en los alrededores de la ciudad de Troya...

Hermes, con la manzana en la mano, ubicó rápidamente a Paris en las laderas del monte Ida. Surgió ante él, con sus sandalias aladas; como el pastor sintió miedo, el dios lo tranquilizó:

—¡No temas, Paris! Soy enviado por Zeus para que hagas desempatar a tres diosas. Debes elegir a la más bella. He aquí una manzana. Entrégala a la que sea de tu preferencia.

Estupefacto, Paris dejó que le diera la magnífica manzana de oro y cuando alzó la cabeza, vio ante sí a tres mujeres cuya belleza lo deslumbró... ¡tres diosas! Su mirada iba de una a otra y, por supuesto, era incapaz de decidirse. Atenea se adelantó, tomó la mano del pastor y le murmuró al oído:

—Si me eliges, Paris, ¡te convertirás en un rey poderoso! Yo, diosa de la guerra, te enseñaré el arte de los combates y haré de ti un soberano invencible.

—¡Espera! —interrumpió Hera, acercándose a su vez—. ¿Me has reconocido, Paris? ¡Soy la esposa de Zeus! ¿Combatir? ¡Con mi protección, no necesitarás hacerlo! Y te prometo que reinarás sobre Asia Menor.

Durante ese tiempo, Afrodita se había desabrochado la túnica para aparecer en todo su esplendor.

—Yo —dijo—, te ofrezco aún más. Si tu elección recae sobre mí, obtendrás el amor de aquella cuya belleza es igual a la mía... hija que la humana Leda tuvo con Zeus: Helena.

Helena era cortejada por todos los soberanos de Grecia. Era tan bella que Teseo la había secuestrado para intentar desposarla cuando ella tenía apenas doce años. Paris no vaciló: para gran pesar de Hera y de Atenea, se inclinó ante Afrodita y le dio la manzana. Nadie vio, escondida en los bosquecillos cerca de allí, a una diosa encantada por el giro que daba la historia. Claro, era la Discordia; su manzana seguía surtiendo efecto.

En el momento en que transcurría esta escena en el monte Ida, la famosa Helena se encontraba en Esparta. Rodeada de sus pretendientes, estaba confrontada a una elección difícil:

—Esta vez —le decía su padre adoptivo, Tíndaro—, ¡debes decidirte! Todos los reyes de las ciudades de Grecia están aquí, ¿a cuál eliges?

—Ah, padre, sea cual fuere mi decisión, sé que acarrearé catástrofes. Tantas amigas mías se quejan de su fealdad... Yo las envidio, pues mi belleza me resulta un peso...

Era cierto que Helena ya había desencadenado numerosos conflictos: varios soberanos se habían peleado por ella.

—¡Al tomar un marido —dijo— suscitaré nuevas pasiones ¡Aquellos que hayan quedado descartados querrán matar a mi esposo o secuestrarme!

—Entonces —exclamó Ulises¹, que era rey de Ítaca—, aquellos que no seamos elegidos deberemos unirnos en torno a una promesa: juremos perseguir al que intente separar a Helena de su esposo...

El rey de Esparta, Menelao, lo aprobó. Se volvió hacia Agamenón, su hermano, rey de Argos, y hacia los demás pretendiente allí reunidos.

—Esta solución me parece razonable. ¿Qué dicen?
Los griegos aceptaron.



—Sí —dijeron en una sola voz—, juramos combatir al que atreva a secuestrar a

¹ El nombre griego de Ulises es, en realidad, Odiseo. Hemos adoptado el latino por ser más conocido.

Helena hasta que sea devuelta a su marido.

—Y ahora, Helena —la apuró Tíndaro—, ¡decídetes!

—Elijo a Menelao, rey de Esparta —dijo, después de vacilar.

Que Helena se hubiera convertido en la esposa de Menelao no impidió a Afrodita cumplir con su promesa: hizo nacer en el corazón de Paris tal pasión por Helena, que este, aunque nunca había visto hasta el momento a la mujer de la que estaba enamorado, fue enseguida en busca de su padre Príamo.

—Justamente, ¡quería verte! —le dijo—. Tienes que casarte y garantizar tu descendencia. Tengo una muchacha para presentarte: se llama Enone.

Enone dejó a Paris indiferente; como su padre insistía, se casó. Pero cesó de prestarle atención rápidamente, pues no pensaba más que en Helena.

Una mañana, Príamo convocó a su hijo al palacio:

—Paris —le dijo—, tengo una misión para confiarte: debo enviar un embajador al rey Menelao, de Esparta. He pensado que...

¡Esparta! La ciudad donde se encontraba la bella Helena. Paris exclamó:

—Ah, padre, ¡parto ya mismo!

Paris ni siquiera se despidió de Enone. Aquella misma noche dejó la ciudad de Troya para zarpar hacia Grecia. Cuando se presentó en el palacio de la ciudad, los guardias le dijeron:

—¡Qué lástima! El rey Menelao acaba justamente de partir hacia Creta. Debe asistir allí a un importante funeral.

—¡No importa! —exclamó una voz femenina detrás de ellos—. En su ausencia, recibo yo a los embajadores. Entra, extranjero ¿Quién eres?

En cuanto la esposa de Menelao vio a Paris, su corazón dio un vuelco. Por su parte, el enviado de Troya creyó desfallecer de pasión. Con la voz alterada por la emoción, contestó:

—Soy Paris, hijo de Príamo, rey de Troya, y descendiente del gran Zeus...

Helena no tenía dudas: ¡Paris era bello como un dios!

En cuanto los guardias dejaron a los jóvenes a solas, se precipitaron uno en brazos del otro.

—¡Ah, Helena, huyamos! —murmuró Paris—. Aprovechemos la ausencia de tu marido. Vayamos juntos a la buena ciudad de Troya.

—Iré adonde tú vayas. Pero no quiero partir con las manos vacías.

Helena hizo acumular en cofres las riquezas del palacio y, durante la noche, se dirigió a escondidas a la nave de Paris. Cuando amaneció, los guardias tuvieron que entregarse a la evidencia: la reina no sólo había saqueado los bienes de su esposo, ¡sino que lo dejaba para partir con un extranjero!

En el navío que regresaba a Troya, Paris y Helena disfrutaron de las alegrías de un amor recíproco. Y arriba, en el Olimpo, Afrodita, satisfecha, observaba sonriendo a los amantes que ella había reunido.

Cuando Menelao volvió de Creta, dejó estallar su cólera:

—¡Traidores! ¡Incapaces! —les gritó a los guardias de su palacio—. Rápido, convoquen a los reyes de todas las ciudades de Grecia.

Acudieron. Menelao les anunció la noticia:

—¡Paris ha secuestrado a Helena, mi esposa! ¡En este momento está navegando con ella hacia Troya! ¡Recuerdan su promesa?

—Sí, hermano —respondió Agamenón con voz tenebrosa—. Y la respetaremos.

Juntaremos nuestros ejércitos. Partiremos hacia Troya. Si es necesario, sitiaremos la ciudad y peharemos. ¡Pero traeremos de regreso a Helena!

Se había declarado la guerra de Troya...

En el Olimpo, Afrodita comprendió que la situación empezaba a superarla. Fastidiada por la vana agitación de los hombres, regresó a su palacio y decidió poner un poco de orden. Tenía demasiadas cosas y decidió deshacerse de algunos objetos inútiles.

—Acumulo... acumulo... —farfullaba—. ¿Eh, quién pudo haberme hecho un regalo tan vulgar?

Dio vuelta una y otra vez el objeto brillante entre sus manos antes de estallar de risa.

—¡Ya está, me acuerdo! Qué tonta... Y qué objeto de mal gusto

Lo tiró. Era una fruta. Una fruta de oro: la manzana de Discordia.

Los cuatro relatos que integran esta sección han sido tomados de las epopeyas de Homero, La Iliada y La Odisea.

El caballo de Troya

De espaldas a los muros de la inaccesible ciudad de Troya, Ulises pensaba, con la mirada perdida en el mar cercano...

Pensaba en Ítaca, la isla ahora lejana de la que era rey; pensaba en Penélope, su esposa, que había dejado allá, y en su hijo, Telémaco, que debía haber crecido mucho.

—¡Diez años! —murmuró dominando su tristeza—. Hace diez años que partí. Diez años perdidos sitiando una ciudad. Y todo esto para hacer honor a una promesa y para obligar a Paris a devolver a la bella Helena a su esposo Menelao...

¡Cuántas víctimas durante esa interminable guerra que seguía enfrentando a los troyanos con los griegos! Los mejores habían perecido: Héctor, el campeón de Troya, y el héroe griego, Aquiles. El mismo Paris había sucumbido a una flecha envenenada. Pero Helena quedó prisionera. Y la ciudad aún no se rendía.

—Sin embargo —declaró una voz cerca de Ulises—, la guerra va a terminar pronto, y Troya será destruida. Sí: los oráculos son precisos.

Ulises reconoció a Calcante, el viejo adivino. Y cuando iba a replicarle con una ironía, una idea loca le pasó por la cabeza.

—¿Estás rumiando alguna astucia, verdad, Ulises? —preguntó el anciano.

El rey de Ítaca asintió, antes de agregar con fastidio:

—¿Cómo adivinas mis pensamientos antes de que los exprese?

—Olvidas —respondió Calcante— que ese es mi trabajo. Y todos sabemos que, de nosotros, tú eres el más astuto. ¡Habla!

—No. Primero debo reflexionar; luego, presentaré mi proyecto a nuestros aliados.

Aquella misma noche, el rey Agamenón reunió a todos los jefes de Grecia que estaban sitiando Troya. Ulises, entonces, les declaró:

—Esta es mi idea: vamos a construir un inmenso caballo de madera...

—¿Un caballo? —exclamó Agamenón, que esperaba un plan de batalla menos extravagante.

—Sí. Un caballo tan grande que nos permitirá meter en sus entrañas, en secreto, a un centenar de nuestros guerreros más valientes. Mientras tanto, desmontaremos nuestras tiendas y nos dirigiremos a nuestras naves. Es necesario que los troyanos vean nuestros navíos alejarse de la costa.

Uno de los compañeros de Ulises, que se llamaba Sinón, exclamó, escandalizado:

—¡Estás loco! Entonces, ¿quieres levantar el sitio?

—Espera Sinón: ¡olvidas el centenar de griegos disimulados dentro del caballo! Por otra parte, uno de nosotros permanecerá cerca de la estatua. Después de nuestra partida, será capturado por los troyanos. Esto es lo que el espía les dirá: hartos del sitio, los griegos regresaron a sus patrias. Para que Atenea les sea favorable, le han construido este caballo...

—¿Atenea? —se sorprendió Agamenón—. ¡Pero Atenea es la protectora de nuestros enemigos! ¡Tiene su estatua en Troya, el Paladión!

—Justamente: ¡nuestros enemigos creerán que queremos congraciarnos! —explicó Ulises. Estoy seguro de que, para no ofender a Atenea, los troyanos harán entrar en la ciudad ese caballo que le está dedicado a ella.

—¡Ya veo! —admitió Agamenón—. ¿Quieres, pues, arrojar nuestros mejores hombres en la boca del lobo?

—No. Quiero, por el contrario, que nos abran el corral. Pues este caballo será

tan gigantesco que no podrá pasar por ninguna de las puertas de la ciudad: ¡los troyanos deberán derribar los muros para hacerlo entrar!

—¿Crees que se arriesgarán a eso? —preguntó el rey.

—Sí, si están convencidos de que hemos levantado campamento, ¡y si ven desaparecer nuestras naves en el horizonte! En realidad, éstas llegarán hasta la isla de Tenes, que está cerca de aquí. Una vez que el caballo haya entrado en la ciudad, nuestro espía, a la noche, en el momento en que lo crea propicio, encenderá un fuego sobre las murallas. Nuestros ejércitos desembarcarán antes del alba y penetrarán en la ciudad.

Epeo, el carpintero que había construido las barracas, se levantó para clamar:

—¡Esta estratagema me gusta! Construir un caballo así me parece posible: el monte Ida, que está cerca de aquí, abunda en robles centenarios.

—En cuanto a mí —agregó el valiente Sinón—, ¡me gustaría ser el que se queda cerca del caballo! Engañaré a los troyanos: una vez que la estatua gigante esté instalada en la ciudad, ¡haré salir de sus entrañas a los que estarán escondidos!

—Es arriesgado —murmuró Agamenón, acariciando su barba—. Los troyanos pueden matarte, Sinón. También es posible que nunca hagan entrar ese caballo, o que descubran muy rápidamente a los que se encuentran en su interior.

—¡Por supuesto! ¿Pero no están cansados de esta guerra? ¿Y no tienen prisa por regresar a sus casas?

Le respondieron gritos unánimes: ese sitio había durado demasiado. A los ojos de los griegos, todos los riesgos valían más que prolongar la espera.

Desde lo alto de las murallas de su ciudad, el rey Príamo, estupefacto, observaba a sus enemigos: estaban quemando las barracas de sus campamentos, plegando sus tiendas y dirigiéndose a sus naves.

—¡Los griegos se van! —se asombró—. ¡Levantán el sitio!

—Padre, no te fíes. Es una artimaña, te llevará a la derrota...

Cassandra, la profetisa de la ciudad, estaba lejos de compartir el optimismo de su padre. ¡Ay! Nadie tenía fe en sus predicciones.

Cassandra era tan bella que había seducido al mismo Apolo. Le había dicho: "Te pertenecería con gusto, pero concédeme antes el don de la profecía". Apolo había consentido. Una vez obtenido el don, Cassandra rechazó al dios burlándose de él. Como pensaba que era indigno quitarle lo que le había dado, Apolo declaró:

—De acuerdo... Sabrás leer el futuro, Cassandra, ¡pero nadie jamás creerá en tus predicciones!

—Es una artimaña, padre, lo sé, lo siento...

—Vamos, Cassandra, no digas tonterías: si los griegos quisieran regresar, ¡no estarían destruyendo esas barracas que les llevó tanto tiempo construir! Mira, varias naves ya están en el mar.

—Padre, ¿recuerdas lo que predije cuando Paris regresó aquí con la bella Helena, hace ya diez años?

—¡Sí! Recuerdo que rompiste el velo de oro de tu tocado... Te arrancaste los cabellos y lloraste profetizando la pérdida de nuestra ciudad. Te equivocaste: ¡hemos aguantado el sitio y ganamos! Cassandra —agregó Príamo—, mis ojos están demasiado gastados para ver lo que los griegos están construyendo en la costa. ¿Qué es?

—Parece una estatua —dijo Cassandra—. Una gran estatua de madera.

Tres días más tarde, los troyanos debieron rendirse a la evidencia: ¡los griegos habían partido! Desde lo alto de las murallas, no se distinguía sino la llanura desierta donde tantos hombres habían caído y, allá, en el mar, las últimas velas de los navíos enemigos. En la playa, el extraño monumento que los griegos habían abandonado intrigaba al rey Príamo, que declaró:

—¡Vamos a ver qué es!

Por primera vez en diez años, fueron abiertas las puertas de la ciudad.

Cuando los troyanos descubrieron en la orilla del mar un suntuoso caballo de madera más alto que un templo, no pudieron contener su sorpresa y su admiración.

—¡Príamo! —gritó un troyano que se había aventurado debajo del animal. ¡Acabamos de encontrar a un guerrero griego atado a una de las patas!

Corrieron a desatar al desconocido y lo presionaron con preguntas. Pero el hombre se negaba a responder.

—¡Que le corten la nariz y las orejas!

Torturado, el desafortunado griego terminó confesando.

—Me llamo Sinón. ¡Sí, nuestras naves han partido! Gracias a los consejos del adivino Calcante, los griegos han construido esta ofrenda a Atenea para que la diosa les perdone la ofensa hecha a su ciudad. Para obtener un mar favorable, Ulises quiso ahogarme e inmolarme a Poseidón. Pero me escapé y me refugié bajo la estatua. Para no disgustar a Atenea, a quien le pedía protección, Ulises se conformó con atarme allí.

—¡Una ofrenda a Atenea! —exclamó Príamo, maravillado.

—¿La dejaremos en la playa, expuesta al viento y a la lluvia? —preguntaron varios troyanos.

—¡Sí! —dijo Casandra, estremecida—. Aún más: quemaremos esta ofrenda impía. Es un regalo envenenado que nos han dejado nuestros enemigos.

—¡Cállate! —respondió el rey a su hija—. ¡Que se construya una plataforma! ¡Que traigan rodillos! ¡Que conduzcan este caballo a nuestra ciudad, cerca del templo edificado en honor de la diosa!

Fue un trabajo más largo y difícil de lo previsto. Pero una noche, el caballo fue por fin conducido triunfalmente a la ciudad, ante los troyanos reunidos sobre las murallas. Ay, las puertas eran demasiado estrechas para que pasara. Después de echar una mirada a la llanura desierta, Príamo ordenó:

—¡Que se derribe uno de los muros de la ciudad!

—¡Padre —predijo su hija temblando—, veo a nuestra ciudad en llamas, veo miles de cadáveres cubriendo sus calles!

Nadie escuchaba a Casandra: los troyanos estaban subyugados por ese caballo espléndido y monstruoso a la vez, con las orejas levantadas y los ojos incrustados de piedras preciosas.

El animal fue empujado hasta el templo de Atenea, donde se inició una gran fiesta que reunió a todos los troyanos sobrevivientes: la guerra había terminado, los griegos habían partido, ¡y ese caballo llegaba justo para celebrar una victoria que ya ninguno esperaba!

Nadie se preocupaba por Sinón, que había sido perdonado.

Deslizándose entre los festejantes, el espía griego llegó a las murallas desiertas; construyó una gran pira y, antes de encenderla, esperó que los troyanos cayeran, ebrios de danzas y de vino.

¡Con el correr de las horas, en el interior del caballo, Ulises y sus compañeros comprendían que su stratagema se convertía en éxito! Habían oído el ruido de las murallas abatidas, los gritos de alegría y de victoria de los troyanos y, luego, el clamor

de la fiesta que, ahora, se había callado. De repente, una voz de mujer surgió bajo los pies de los guerreros silenciosos:

—Ah, queridos compatriotas, ¿por qué me han abandonado? Esposo mío, ahora, ¿dónde estás? ¿Sabes que, después de la muerte de Paris, Deífobo, su propio hermano, me forzó a compartir su lecho? Y tú, valiente Ulises, ¿también te has ido?

Era la bella Helena. Menelao se disponía a responderle, pero Ulises le tapó la boca con la mano. Durante un tiempo, Helena gimió debajo del caballo. Luego, su voz se alejó. Pero apareció otra:

—¿Ulises? ¿Diómedes? ¿Ayax? ¿Neoptólemo? ¿Menelao? ¡Soy Sinón! ¡Los troyanos están descansando! Hace varias horas encendí la señal. Se acerca el alba... Rápido, ¡salgan!

De inmediato, en el interior de la estatua, Epeo sacó las trabas que soportaban el pecho. La pared vaciló. Ulises hizo caer unas cuerdas. Y cien guerreros armados salieron uno a uno desde las entrañas del caballo. Al mismo tiempo, las naves griegas, eran empujadas por un viento favorable, desembarcaron en la playa. Los ejércitos de Agamenón se lanzaron hacia la Troya abierta. Mientras los griegos que surgieron del caballo invadían la ciudad dormida, Ulises lanzaba gritos de victoria.

Los troyanos apenas tuvieron tiempo para comprender pasaba: la mayoría murió en cuanto se despertó. Los más valientes, todavía no repuestos de la fiesta nocturna, no opusieron más que una resistencia irrisoria. Los menos temerarios se salvaron sólo porque huyeron.

Mientras por las calles, como por un arroyo, corría la sangre los troyanos degollados, Neoptólemo, hijo de Aquiles, descubrió a Príamo arrodillado frente al altar de Zeus. Sin piedad, degolló al rey. Más lejos, Menelao encontró a Helena en la habitación de Deífobo, hermano de Paris. Lo mató de una estocada antes de arrojarla hacia su esposa, al fin reencontrada. Áyax, al entrar en el templo, encontró a la bella Casandra al pie de la estatua de Atenea.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Hace tanto tiempo que te quería para mí!

Mientras la hija de Príamo era privada de su honra, la diosa de piedra, según cuentan, desvió la cabeza.

Quando se levantó el día, no quedaba de Troya más que las ruinas; lo que no había sido destruido, terminaba de quemarse. Los griegos ya cargaban sus naves con el botín de la ciudad devastada. Ulises, frente al asombroso caballo que había traído la victoria, debió apartarse de repente: una mujer de una inmensa belleza pasaba indiferente a la matanza que indirectamente había provocado. Era Helena. Los guerreros, mudos de admiración, se detenían para contemplarla.

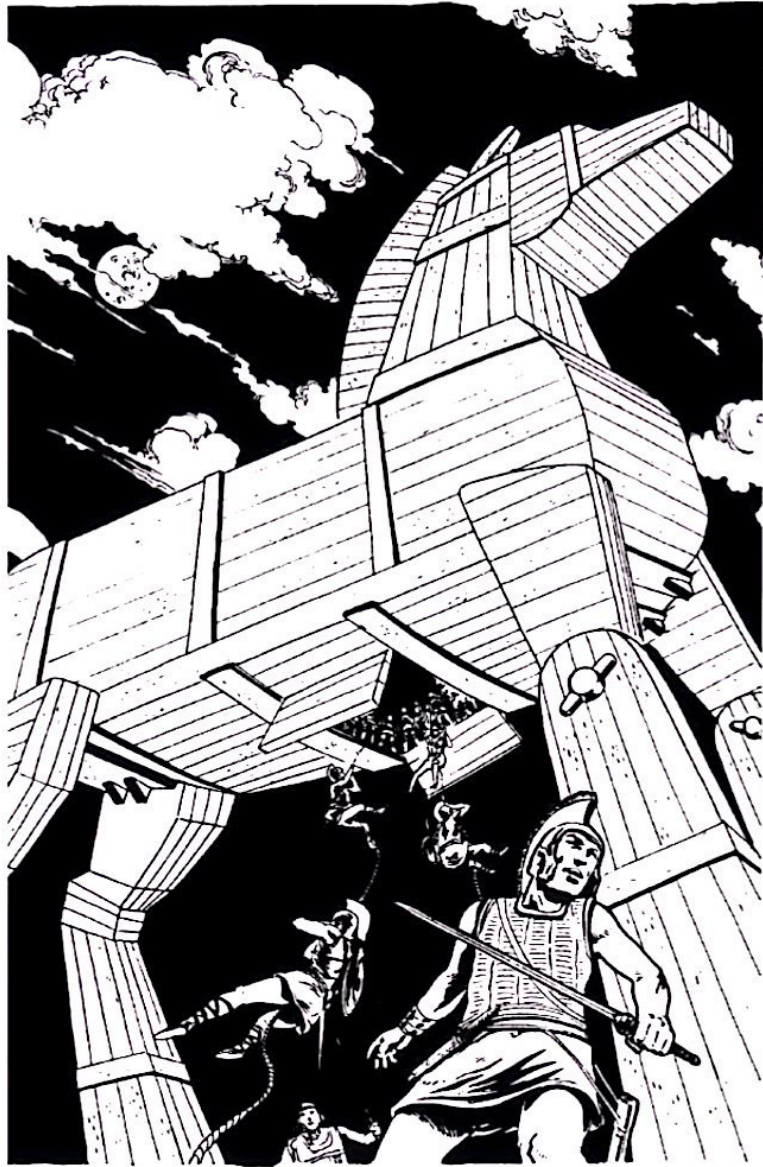
Ulises sintió una extraña amargura.

—¡Vamos! —dijo de pronto a sus hombres, que estaban subiendo a la nave—. ¡Esta vez, la guerra ha terminado, regresemos a nuestra buena isla de Ítaca!

Agregó para sí: "¡Y junto a Penélope, mi querida esposa, que hace diez años que me está esperando".

¡Ay, Ulises ignoraba que estaba lejos de regresar a su patria! Los dioses decidieron otra cosa: habrían de pasar otros diez años antes de que regresara. El tiempo de una larga odisea¹.

¹ Las más célebres aventuras de Ulises comienzan aquí. Son relatadas por Homero en *La Odisea*, palabra griega (*odysseus*) que significa "viaje accidentado".



La caída de Troya es tema de una hermosa tragedia de Eurípides llamada Las troyanas.